

JOSÉ SARAMAGO

EN SUS PALABRAS

Edición y selección de
FERNANDO GÓMEZ AGUILERA

ciudadanía
NOVELA
DEMOCRACIA
compromiso
ética
IRONÍA
escritor
LITERATURA
mujer

ALFAGUARA


JOSÉ SARAMAGO

EN SUS PALABRAS

Edición y selección de
FERNANDO GÓMEZ AGUILERA

ALFAGUARA


www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Prefacio](#)

[Crónica del escritor en la calle](#)

[Quien se llama José Saramago](#)

[Azinhaga](#)

[Autorretrato](#)

[Lisboa](#)

[Vida](#)

[Portugal](#)

[Ética](#)

[Dios](#)

[Razón](#)

[Pesimismo](#)

[Ser humano](#)

[Lanzarote](#)

[Muerte](#)

[Por el hecho de ser escritor](#)

[Literatura](#)

[Escritor](#)

[Autor-Narrador](#)

[Estilo](#)

[Novela](#)

[Historia](#)

[Mujer](#)

[Obra literaria propia](#)

[Lectores](#)

[Premio Nobel](#)

[El ciudadano que soy](#)

[Compromiso](#)

[Comunismo](#)

[Ciudadanía](#)

[No](#)

[Democracia](#)

[Iberismo](#)

[Latinoamérica](#)

[Europa](#)

[Política](#)

[Medios de comunicación](#)

[Derechos humanos](#)

[Pensamiento crítico](#)

[Referencias bibliográficas](#)

*A José, in memoriam, razón de vida.
Y a Pilar, abrazando el porvenir.*

*A Marga, Carla y Alonso, que han respirado
este libro y son la respiración de los días.*

Yo soy una persona pacífica, sin demagogia ni estrategia. Digo exactamente lo que pienso. Y lo hago en forma sencilla, sin retórica. La gente que se reúne para escucharme sabe que, con independencia de si coincide o no con lo que pienso, soy honesto, que no trato de captar ni de convencer a nadie. Parece que la honestidad no se usa mucho en los tiempos actuales. Ellos vienen, escuchan y se van contentos como quien tiene necesidad de un vaso de agua fresca y la encuentra allí. Yo no tengo ninguna idea de lo que voy a decir cuando estoy frente a la gente. Pero siempre digo lo que pienso. Nadie podrá decir nunca que le he engañado. La gente tiene necesidad de que le hablen con honestidad.

JOSÉ SARAMAGO, 2000

Sé lo que es, sé lo que digo, sé por qué lo digo y preveo, normalmente, las consecuencias de aquello que digo. Pero no lo hago por un deseo gratuito de provocar a la gente o a las instituciones. Puede que se sientan provocadas, pero en ese caso el problema es suyo. Mi pregunta es: por qué tengo que callar cuando sucede algo que merecería un comentario más o menos ácido o más o menos violento. Si fuéramos por ahí diciendo exactamente lo que pensamos —cuando mereciera la pena—, viviríamos de otra manera. Existe una apatía que parece haberse vuelto congénita y me siento obligado a decir lo que pienso sobre aquello que me parece importante.

JOSÉ SARAMAGO, 2000

Me dicen que las entrevistas han valido la pena. Yo, como de costumbre, lo dudo, tal vez porque estoy cansado de oírme. Lo que para otros todavía puede ser novedad, para mí se ha convertido, con el paso del tiempo, en comida recalentada. O algo peor, me amarga la boca la certeza de que unas cuantas cosas sensatas que he podido decir durante la vida no habrán tenido, a fin de cuentas, ninguna importancia. Y ¿por qué habrían de tenerla? ¿Qué significado tiene el zumbido de las abejas en el interior de la colmena? ¿Les sirve para comunicarse unas con las otras?

JOSÉ SARAMAGO, 2000

Creo que me han hecho todas las preguntas posibles. Si yo mismo fuera periodista no sabría qué preguntarme. Lo malo son las innumerables entrevistas que he dado. En todo caso, procuro responder seriamente a lo que se me pregunta, lo cual me da derecho a protestar contra la frivolidad de determinados periodistas a quienes sólo interesa el escándalo o la polémica gratuita.

JOSÉ SARAMAGO, 2000

Crónica del escritor en la calle

La intervención en la esfera pública constituye uno de los rasgos centrales del perfil intelectual de José Saramago, un escritor en permanente elusión de cualquier torre de marfil, alejado de cualquier ensimismamiento. *A donde va el escritor, va el ciudadano* solía reiterar con convicción, despejando cualquier eventual duda sobre su compromiso civil, asumido como imperativo cívico, emanado tanto de sus convicciones políticas cuanto de la impregnación humanista —*nihil humanum puto alienum mihi*— que se filtra con brío por el tejido de su estructura cultural y de su musculatura de escritor incombustible y vigoroso polemista. Como sucediera con Albert Camus, no cabe la posibilidad de disgregar la escritura de sus principios frente a las circunstancias de la realidad, se derivan las consecuencias que se derivan de este hecho. El autor concentra, sin fisuras, en la persona que es, el haz de obligaciones desprendido de sus actos, ya sean los específicos de la literatura, los propios del ejercicio de la ciudadanía o los concernientes a la simple vida, porque, para Saramago, *la obra es el autor* y el novelista resulta de la proyección de la persona que lo anima. De este modo, el escritor asume su responsabilidad —también su variante consanguínea, concretada en un arraigado sentido del deber— y afirma una de las categorías que definen su carácter, marcando el conjunto de valores que orientan su conducta ética, pero también su quehacer creativo y reflexivo.

A partir de su eclosión como narrador, a comienzos de los ochenta, desarrollaría una creciente y activa tarea de vertido de ideas, valoraciones y denuncias en foros y medios de comunicación internacionales, hasta convertir su voz en una referencia global, particularmente identificada con el pensamiento crítico, la defensa de los excluidos y la reivindicación de los derechos humanos. Desde la concesión del Premio Nobel de Literatura en 1998, antes que modular su discurso enfático, contribuyó a subrayarlo, a estimular su conducta y a acrecentar el alcance de sus palabras. Apenas podrá entenderse hoy adecuadamente la figura del escritor sin tomar en consideración su faceta pública, que en perspectiva, adquiere la forma de una suerte de sostenido comportamiento activista que, aprovechando la plataforma ofrecida por prensa y tribunas para difundir sus ideas y combatir las desviaciones que, a su juicio, perturbaban el orden del mundo y el bienestar de la humanidad. Mediante declaraciones, entrevistas y rotundos titulares, Saramago compartía consideraciones sobre su propia creación o trataba abiertamente cuestiones palpitantes de nuestro tiempo, elaborando un rico sistema de pensamiento de raíz radical, pero también forjándose un rostro social que forma parte sustantiva de su robusta figura. Y lo practicó de tal modo, que, mientras contribuía a crear opinión y dibujar su silueta del mundo, iba construyendo su visibilidad pública como intelectual comprometido más allá del rotundo espacio ocupado por el hombre de letras, de quien Harold Bloom comentaría en 2001: «Saramago es extraordinario, casi un Shakespeare entre los novelistas. No hay ningún autor de narrativa vivo en Estados Unidos, en Sudamérica o en Europa que tenga su versatilidad. Diría que es tan divertido como punzante. Sé que es marxista, pero no escribe como un comisario y se opone a los impostores de la Iglesia católica. Su trabajo está por encima de todo eso».

Controvertido y racionalista, sentencioso e imaginativo, original y provocador, político y combativo, articulaba y desplegaba una refinada autoconciencia sobre su trabajo, de manera que, a través de sus manifestaciones, puede rastrearse una fina percepción analítica de las claves de su obra, cuyos juicios e informaciones contribuyen a esclarecerla y a comprenderla. Además de plantearse

papel del escritor, piensa en voz alta sobre la motivación de sus libros, se vincula a su específico árbol genealógico literario, dilucida las relaciones y diferencias entre Historia y ficción o entre literatura y compromiso, aclara su concepción simultaneísta de la temporalidad, desmitifica la creación, desentraña su proceso de formalización textual, la singularidad de su estilo o las reservas con que se aproxima a los géneros, en tanto que apuesta por innovaciones o por desarrollos fronterizos.

Pero su capacidad de ponderación y de penetración en el sentido oculto de las cosas suplen y se desplazan de la escritura para ponerse al servicio de la indagación en las zonas oscuras de la Historia, del ser humano y de los mecanismos de poder, de control ideológico y de injusticia que condicionan nuestro entorno determinando el sentido de nuestras vidas. Resistiéndose a las ideas recibidas, afila su bisturí, iluminado por una pertinaz conciencia insatisfecha instalada en una interrogación permanente, en una confesada desconfianza y pesimismo volterianos que arrojan una mirada disgustada, irónica y melancólica sobre lo real. Extiende sus testimonios, diversificados en cuanto a sus intereses —no sólo profesionales, sino, con frecuencia, sociales y políticos—, al terreno de los valores éticos y la quiebra de los derechos humanos. Censura el fracaso de la razón como modulador de nuestro comportamiento individual y colectivo, denuncia el vaciamiento ceremonial de la democracia —cuyo paradigma contemporáneo cuestiona— y la hegemonía global del poder económico a instancias de un mercado gobernado por códigos autoritarios y amorales, en un mundo que, crecientemente, se hace inhumano. No resultan ajenos a sus preocupaciones el tratamiento de sus difíciles relaciones con Portugal, la defensa del iberismo transcontinental, la reprobación de la Iglesia, el análisis severo del papel desempeñado por los canales de información, el reconocimiento de los errores del marxismo y la reivindicación, desde su condición de militante comunista, de un nuevo pensamiento de izquierda, construido en tensión con los desafíos contemporáneos y superador de las obsoletas fórmulas del pasado. En definitiva, en las observaciones vertidas en la prensa, comparadas con las fatigas filosóficas y políticas con la literatura —a la que, como hizo Sartre, tampoco priva de esos contenidos—, al tiempo que muestra su vocación para hablar y dialogar franca y polémicamente con su presente.

La prodigalidad con que el autor de *Ensayo sobre la ceguera* se relacionó con los medios de comunicación, sin atender a límites geográficos, le sirvió para trasladar ampliamente ideas y apreciaciones, apoyado en una solvente capacidad de comunicación, un notorio didactismo y una inclinación a difundir y compartir sus impresiones, como si se tratara de un estricto acto de militancia o, más bien, de pleno ejercicio de su libertad y responsabilidad social. El propio escritor fue muy consciente de la frecuencia y amplitud con que se distribuía su pensamiento: «Mis ideas son conocidísimas, nunca las he disfrazado ni las he ocultado. Mi vida es tan pública, que se conoce todo cuanto he pensado sobre cada acontecimiento». Sin duda, un mecanismo engrasado que, por su colosal volumen y su resonancia, sustenta una efusiva relación de atracción con el público. José Saramago sabe trabajar los registros comunicativos manejando ideas fuertes que problematizan las convenciones, favorecidas por un lenguaje accesible, directo, sin aparente elaboración —sin embargo, digerido siempre intelectualmente—, filtrado por las reglas del periodismo y sostenido sobre grandes metáforas y sugerentes imágenes. Además de sus inquietudes morales, sociopolíticas y literarias, en unos y otros periódicos y revistas, en radios y televisiones, en encuentros y conferencias, de una pormenorizada constancia de su biografía, sus convicciones y su talante personal.

En esta compilación que ahora ocupa al lector, se ofrece un amplio repertorio de palabras suyas extraídas exclusivamente de periódicos, revistas y libros de entrevistas —cinco publicaciones de referencia para conocer al escritor, que recogen sus conversaciones con Armando Baptista-Bastos, Juan Arias, Carlos Reis, Jorge Halperín y João Céu e Silva, además de una monografía de Andre

Sorel—, en un abanico cronológico que abarca desde la segunda mitad de los años setenta hasta marzo de 2009. Los extractos seleccionados se han obtenido a partir de la consulta de un amplio corpus de declaraciones publicadas en países muy diversos: Portugal, España, Brasil, Italia, Inglaterra, Estados Unidos, Argentina, Cuba, Colombia, Perú... Naturalmente, el paisaje resultante no pretende ni podrá ser completo, pero sí resulta exhaustivo y suficientemente significativo del equipaje de actitudes y pensamiento con que el Premio Nobel portugués ejerció su fecunda responsabilidad cívica a través de los medios, en permanente vigilia a la hora de meditar y dialogar con su tiempo, construyendo un auténtico espacio de resistencia con capacidad de resonar globalmente. Su vertiente de creador de opinión pública queda bien patente en las páginas que siguen, sólo una metonimia en relación con el inabarcable caudal de materiales periodísticos que generó a lo largo y ancho del mundo.

Siempre en guardia a la hora de interactuar con la Historia y con el contexto, dispuesto a subvertir los grandes relatos y a manifestarse públicamente con la posibilidad de acceder a amplias capas de la sociedad, compareció ante la prensa sin fatiga y con infrecuente generosidad, movido por la necesidad imperiosa de expresar abiertamente lo que tenía que decir, sin artificios, inhibiciones o doble lenguaje. Y esa amplia red de comunicación que tejió le serviría, a su vez, de estímulo y pretexto para reflexionar cumplida y minuciosamente, también con continuidad, tanto sobre su producción como sobre la deriva de su época. Saramago no sentía preferencia por el diagnóstico bucólico ni ha querido rastrear su pensamiento en el espacio acomodado del consenso. Por lo general, procura el desasosiego, porque entiende las funciones creativas y de conocimiento como instrumentos al servicio de un proyecto cívico y humanizador, cuya fase previa exige el desenmascaramiento y la hostilidad crítica que combata el desvío, el error. Al igual que la escritura exige la perturbación del idioma consagrado y de la realidad establecida mediante la aportación de nuevas formas lingüísticas y configuraciones mentales no codificadas hasta el momento de su aparición, pensar significa desestabilizarse interiormente y desestabilizar el discurso consolidado.

En este sentido, el reiterado pesimismo que le caracteriza —provocado por el malestar con que reaccionaba ante la situación del mundo y la deriva de los seres humanos— debe entenderse no como una claudicación, sino como una energía que pone en cuestión el orden convencional, que penetra y hace tambalearse la fachada de la apariencia y el statu quo para modificar la perspectiva e incorporar otros ángulos, lecturas y protagonistas. Anticipa, pues, una sacudida que desencadena nuevas reconfiguraciones, con las que se persigue avanzar, mejorar, a pesar del escepticismo que envuelve su visión del mundo, pero sin atazarla ni estrangularla. Como en su momento apuntara Gramsci, trata de hacer compatible el pesimismo de la razón con el optimismo de la voluntad. Sólidamente anclado en una arquitectura racional ilustrada, en la coherencia moral ejercitada a lo largo de su vida, en la reinterpretación de las ideas políticas comunistas —matizadas por una cierta heterodoxia— supo alojar su obra y sus reflexiones en el lugar del cuestionamiento y la deconstrucción del cliché.

Es éste, en fin, un libro de los muchos posibles que podrían plantearse bajo la orientación que anima y es, asimismo, una obra abierta, que no se agota en la literalidad que aquí adopta, con voluntad, no obstante, de esbozar una arquitectura ideológico-social saramaguiana suficiente, para conformar una identidad congruente. Los textos se presentan organizados cronológicamente a partir de etiquetas o núcleos temáticos que, en sí mismos, constituyen conceptos recurrentes sobre los que el escritor se ha pronunciado y ha dotado de sentido. Poseen, por lo tanto, la virtualidad de actuar a modo de articulaciones en torno a las cuales se desenvuelve su personalidad cultural, anotando algunos de los nódulos inconcusos de su mapa literario, intelectual y vital. A su vez, esas etiquetas conceptuales se presentan agrupadas en tres grandes epígrafes que ahondan en la identidad de José Saramago como persona, como escritor y como ciudadano comprometido. Naturalmente, los compartimentos no son

estancos, ni en lo que concierne a la clasificación de las citas ni en lo referido a la ubicación de las entradas. El lector quizá se inclinara por otra ordenación, pero a buen seguro que el orden de los factores no alteraría el producto final: la imagen fiel que arrojan del personaje.

Valoradas con el horizonte que ofrece el trascurso de los años, estas declaraciones fragmentarias constituyen hoy un valioso caudal de información y de presentación de ideas y valores éticos, así como una estimulante práctica de disidencia y de contestación pública. En ellas está Saramago, testimonio de un librepensador en el que resuenan formidablemente las tensiones, anhelos y fracasos de nuestro tiempo. Pero la taracea ofrecida en este libro aporta asimismo un compendio de sabiduría. Cada esquirola supone una ráfaga de iluminación y de sentido, configurando la imagen de una personalidad brillante y compleja, capaz de radiografiar al ser humano y a su circunstancia, de diagnosticar sus males y de sugerir antídotos o de confirmar decepciones y frustraciones. Saramago observa, analiza y saca conclusiones poderosas formuladas mediante frases robustas y sugerentes. Esta colección de agudezas, unas veces cargadas de materia informativa y otras, por su fondo sentencioso —como corresponde a la actitud grave e irónica con que el autor de *Ensayo sobre la ceguera* enfrentaba a la vida—, construidas como apotegmas y máximas propias de la literatura paremiológica y las colecciones gnómicas, tiene el propósito de ofrecer una especie de levantamiento topográfico del pensamiento y la visión del mundo del autor, expresado a través de sus palabras tal y como fueron recogidas y publicadas por los *mass media*, con la inmediatez, espontaneidad y expresividad características de ese modo de comunicación escrita. Si se prefiere, el lector puede también tomar este florilegio como un autorretrato sobre cuyo trazo es posible advertir las facciones mayores de su rostro en tanto que novelista, persona y ciudadano: una crónica de su imaginario profesional y vital. De conjunto, se desprende un tejido compacto y denso, hilvanado por una invariable voluntad de inteligencia, de comprensión y de musculoso diálogo con la realidad, entre cuyas hebras no será difícil reunir una buena representación de perdurables *dicta memorabilia*, nacidos de la facultad de aforismo del Premio Nobel portugués. Chéjov, que rehuyó trabajar con héroes y no cesó en su afán de desacralizar la literatura y la labor del escritor —rasgos compartidos por Saramago—, lo dejó dicho: «La originalidad de un autor estriba no sólo en su estilo, sino también en su manera de pensar».

FERNANDO GÓMEZ AGUILERA

Quien se llama José Saramago

A través de sus frecuentes intervenciones en los medios de comunicación, Saramago abordó las cuestiones más diversas, proporcionando juicios e informaciones sobre su concepción del mundo y su propia trayectoria vital, sobre sus ideas y sus sentimientos. Explorando esos materiales en perspectiva del tiempo, tesela a tesela podrían recomponerse los rasgos mayores del mosaico de su propia etopeya, de su autorretrato moral, pero también de las circunstancias más sobresalientes de su vida. Sin duda, se trata de una actitud coherente en un escritor que no dudó en reivindicarse a sí mismo, en cuanto persona, como materia de su escritura y que practicó un alto grado de exposición pública.

En las innumerables entrevistas que concedió, así como en los reportajes que se le dedicaron, se encuentran comentarios sobre el peso de la infancia en su imaginario y en su conformación individual sobre los avatares de su formación autodidacta, sobre su decurso personal o sobre sus vínculos irreductibles pero complejos con Portugal. Saramago compartió públicamente con sus admiradores sus convicciones y valores, desde las razones de su célebre pesimismo a sus impresiones con respecto a la muerte o al papel que le atribuye a la ética y a la razón en el ámbito de la convivencia y las relaciones sociales y políticas.

Aquí y allá, en unos periódicos u otros, se leen reflexiones y observaciones suyas sobre los rasgos definitorios de su carácter: melancólico y reservado, solidario y relativista, orgulloso e irónico, siempre propenso a la indignación. Habla de su familia y de su laicismo, de su concepción de la felicidad como armonía, de la importancia que concede a la bondad, de su materialismo, de su enfermedad o de su inclinación a interrogarse por todo cuanto le rodea. La visión de conjunto es la de un escritor permanentemente abierto a practicar la introspección y a compartir su pensamiento con los lectores o, si se prefiere, con la opinión pública: dispuesto a decir quién es José Saramago.

Azinhaga

La aldea por excelencia: el imaginario del origen y de la identidad. Aunque su familia se trasladaría a Lisboa cuando Saramago apenas tenía año y medio de edad, el niño y el joven Zé no dejarían de regresar cada año, en los periodos de vacaciones, a su pueblo de nacimiento, al Casalinho de sus abuelos maternos, Josefa y Jerónimo, dos referencias fundamentales en su vida. Azinhaga: lugar de árboles resonantes como océanos, animales resplandecientes y porquerizas atendidas por un hombre alto, silencioso y enjuto, que compartía con el nieto estrellas y relatos bajo una higuera en las noches de un tiempo sin apenas nada, bendecido, sin embargo, por la plenitud del reino de las pequeñas cosas.

La aldea representa el lugar de la pobreza y de la dignidad rigurosa, la negación del artificio, la despensa de la mejor memoria, el espacio emocional y físico devorado por el calendario y sus laceraciones. El niño Zé rebuscando mazorcas en los maizales, el saco de tela colgado al cuello, donde guardar el ínfimo tesoro de la necesidad. Zé hurtando sabrosas sandías y melones. Zé trepando a las higueras más dulces del mundo. Zé ayudando al abuelo Jerónimo a alimentar a los cochinos en las pocilgas o a cultivar habas en el huerto... Azinhaga: el contacto desnudo con la naturaleza, correrías con los primos, amores preliminares, légamo en los pies descalzos y soledades melancólicas, libertad de caminar sin rumbo, desde el amanecer, por los olivares plateados, por las lagunas de Paço do Boquilobo o junto a las aguas purificadoras del Almonda, arriba y abajo de su orilla fabulosa dentro de su caudal, pescando o remando a bordo de la pequeña barca —el río que humedece la fabulosa adolescencia del escritor, pero también sus versos iniciáticos—... Una plétora, en fin, de emociones y vivencias que se recuperarán como mimbres luminosos de algunas de sus mejores crónicas recogidas en *El equipaje del viajero* o en *De este mundo y del otro*. Y como materiales de *Las pequeñas memorias*, el libro en que Saramago, espigando recuerdos de infancia y adolescencia, levanta acta y confesión de su genoma humano y moral: donde articula literariamente su propia mitología fundacional convirtiéndola ya para siempre en una mitología literaria.

Hasta los veintitantos años, pasé todas las vacaciones en la aldea. Hasta los treinta y tantos, volvía a Azinhaga al menos una vez al año. En Azinhaga se conservan mis sensaciones esenciales. Cuando llegaba a la aldea, lo primero que hacía era quitarme los zapatos. Y la última cosa que hacía, antes de regresar a Lisboa, era calzármelos. Los zapatos, y prescindir de ellos, se convirtieron en un símbolo muy fuerte. En la aldea todos iban descalzos, menos los hombres, que usaban sus botas de trabajo.

O Estado de S. Paulo, São Paulo, 21 de septiembre de 19

[Durante las estancias en Azinhaga, de niño] salía de casa por la mañana y daba largas caminatas. Andaba y andaba sin parar. No fui de esos genios que a los cuatro años de edad escriben historias. Sólo miraba las cosas del mundo y me gustaba mirarlas. Nunca fui un niño de grandes imaginaciones. No me interesaba por las fantasías, sino por lo que ocurría. Si me encontraba un sapo, me quedaba quieto mirándolo, observándolo atentamente como si fuera el mayor tesoro del mundo. Conviví mucho con animales: bueyes, cerdos, carneros, cabras. Conviví con sus olores y con esa especie de vida natural sofisticada que llevan los animales. Me gustaba estar con la naturaleza sin abstraer nada de ella salvo lo que es en sí misma. No era un niño muy imaginativo.

O Estado de S. Paulo, São Paulo, 21 de septiembre de 19

Mi aldea estaba rodeada de olivares, con olivos antiguos de troncos enormes. Desaparecieron. Me sentí como si me hubieran robado la infancia. Hectáreas y hectáreas de olivos desaparecieron para dar lugar a cultivos más lucrativos. La aldea no ha cambiado tanto, lo que cambió fue el paisaje. Y ese cambio radical del paisaje fue para mí una especie de golpe en el corazón.

O Estado de S. Paulo, São Paulo, 21 de septiembre de 19

Regresar a Azinhaga ahora es regresar a otro lugar que ya no es mío. Las personas, en realidad, habitamos la memoria. La aldea en que nací sólo existe en mi memoria.

O Estado de S. Paulo, São Paulo, 21 de septiembre de 19

No me gusta mucho la retórica, pero hay que decirlo de alguna forma: a las temporadas en el pueblo las llamo mi formación espiritual. En ese sentido, recuerdo que, de niño, hasta los catorce o quince años, lo que me gustaba eran los paseos por el campo, solo, por el río, en las colinas de allí, solo.

Juan Arias, José Saramago: El amor posible, Planeta, Barcelona, 19

A mí, lo que me gustaba era eso, la soledad, y pararme a ver algo, un lagarto que estaba allí, o un pájaro, o nada, estar sentado en la orilla del río, matar unas cuantas ranas. Esas pequeñísimas cosas me

gustaban, la sensación del lodo en los pies descalzos, de la que hablo en un cuento, que es una sensación que siento aún ahora: los pies en aquel lodo del río, la tierra empapada. Es curioso cómo me quedó grabada de aquel tiempo una cosa tan banal como es la sensación del lodo entre los dedos de los pies. Pero así es como lo recuerdo, igual que las pequeñísimas fuentes que estaban en la orilla del río y el agua que subía de la fuente, que removía la arena con su impulso, todas esas pequeñísimas cosas. A mis abuelos, mi comportamiento no les preocupaba nada. Si hubiesen sido gente de ciudad quizá hubiesen estado preocupadísimos, pero ellos sabían que salía de casa por la mañana o por la tarde y podía estar horas y horas fuera. Luego volvía con la cabeza llena de cosas, pero no con una especie de intuición de la naturaleza, del misterio de la vida y de la muerte... No, no, yo era más bien como un pequeño animal que se sentía a gusto en aquel sitio.

Juan Arias, *José Saramago: El amor posible*, Planeta, Barcelona, 1998

En la aldea, en el río que pasaba y pasa —aunque ya no es lo mismo: ahora es un estercolero, eso le ocurre a casi todos los ríos en el mundo—, yo andaba descalzo y el lodo se insinuaba, subía. Puedo haber olvidado cantidad de otras cosas, pero las más sencillas han quedado: la hoguera en casa de mis abuelos, los paseos en el campo, el baño en los ríos, los cerdos, todo eso, todo, todo, todo.

Magna Terra, Guatemala, n.º 8, marzo-abril de 2000

Hay imágenes que están ahí. Y la imagen de las cosas tiene mucho que ver con la persona que somos con la mirada que tenemos, con la sensibilidad que transportamos dentro. Cuando yo me encontré con la naturaleza en mi aldea de Azinhaga, era un niño. Era un niño sencillo y pobre, ni siquiera precioso. Eso sí, sensible y serio. Y un niño serio es un bicho un poco raro. Estaba lleno de melancolía, a veces de tristeza. Me gustaba la soledad. Los largos recorridos por los campos de olivos, bajo la luna. Solamente esa imagen de la naturaleza intervenida por el cultivo del hombre era mi imagen del mundo. Cuando me fui a Lisboa, con dos años, me pasaba los días soñando el momento en que podría volver a la aldea que era donde yo descubría las cosas pequeñas. ¡El subir a un árbol por primera vez! Yo creo que esa sensación fue idéntica a la del señor Hillary cuando llegó al Everest y se quedó ahí, en el techo del mundo. Yo me agarré fuerte al tronco, con miedo porque el árbol se movía, pero el mundo era aquel mundo y no otra cosa.

Elle, Madrid, n.º 246, marzo de 2000

[En Azinhaga] donde había miles de olivares hay, hoy, miles de hectáreas de maíz. Me parece perfecto, ya que la gente necesita maíz; pero yo necesitaba mis olivares. No digo que me cause dolor pero me disgusta. Sencillamente, aquélla no es mi tierra. A un lado están los ríos (el Almonda y el Tago) y la Lezíria, pero al otro, todo ha desaparecido.

Visão, Lisboa, 9 de noviembre de 2000

Vivimos en un lugar determinado, pero habitamos otros lugares. Yo vivo aquí, en Lisboa, cuando estoy aquí, y vivo en Lanzarote cuando estoy allí. Pero habitar, habitar, habito en aquello que sería —es— la aldea. No se trata, sin embargo, de esta aldea, sino de la aldea de mi recuerdo.

Visão, Lisboa, 9 de noviembre de 2000

~~Nosotros somos mucho más la tierra donde hemos nacido [y donde hemos sido criados] de lo que imaginamos.~~

La Provincia, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de marzo de 20

Autorretrato

Un escritor contra la indiferencia, que no deja indiferentes ni a sus lectores ni a sus audiencias. Literato de éxito y voz propia tardíos —a partir de 1980, cuando contaba ya cincuenta y ocho años— José Saramago se reconoce, sin embargo, en una vida de trabajo tenaz, determinada tanto por sus orígenes humildes cuanto por su formación azarosa y autodidacta. Escritura e implicación, autor, persona y ciudadano hallan continuidad y se funden en un solo gesto de afinidad y coherencia. La literatura, militancia política comunista o la asociación de la palabra pública con el rol de intelectual incómodo interesado por el signo de su tiempo conviven sin fricciones, favoreciendo sinergias.

Conciencia insatisfecha, directo en la expresión de sus juicios, fustigador del poder, del autoritarismo económico-financiero y de la Iglesia, defiende la bondad como el mayor argumento para una revolución. Se le oiría una y otra vez apelar a la razón, reivindicar el sentido común y la prevalencia de la ética en cuanto código regulador de las conductas y de las relaciones sociales interpersonales. Desafecto con la envidia, seguro de sí mismo y protagonista de una experiencia vital intensa, viajera, prestigiosa e influyente en el mundo, confesaba que con la vejez había radicalizado sus posiciones y acentuado la libertad de su expresión pública.

En una crónica difundida a comienzos de los años setenta, recogida en *El equipaje del viajero* con el título «Sin un brazo en el infierno», el autor subraya su afición a la ironía, un rasgo destacado de su identidad, que se esforzaba en dosificar y empleaba como contrapunto del disgusto que le suscitaba la realidad: «Esta expresión meditabunda y seca que paseo por las calles engaña a todo el mundo. En el fondo, soy un buen hombre, con una sola y confesada flaqueza de mala vecindad: la ironía. Aun así procuro ponerle freno, para que la vida no se me complique demasiado. Pero he de confesar que esta ironía me sirve como receta de buen médico cuando la otra puerta de salida tendría que ser la indignación. A veces, el impudor es tanto, tan maltratada se ve la verdad, tan ridiculizada la justicia que si no lo tomo a broma estallo en justísimo furor».

Así era José Saramago: disciplinado, tenaz, ateo, cosmopolita, austero, melancólico, reservado, militante, coherente, firme en sus convicciones, serio, severo, solitario por temperamento, racionalista, áspero, escéptico, tímido, tierno, anti-pedante, implacable, pesimista, polémico, secular, leal, sincero, generoso, duro por fuera y frágil por dentro, elegante, frugal, compasivo, inconformista, trabajador, independiente, distante, ético, imaginativo, comunista, solidario, reflexivo, poseedor de un acentuado sentido de la dignidad, irónico, adusto, beligerante, meticuloso, relativista, portugués orgulloso, brillante, sobrio, sensible, honesto, incómodo, sarcástico, individualista... Un hombre poseído, desde la juventud, por una insaciable curiosidad cartográfica, que defendía con firmeza sus opiniones sin calcular las consecuencias, acostumbrado a decir lo que pensaba y a meditar lo que decía, dispuesto a forjar su perfil público en los medios de comunicación de aquí y de allá, una tarea que asumió como una obligación más de su compromiso, hasta tomar la apariencia de una suerte de labor misional laica.

Si hay algo de lo que me defienda —y con celo extremo— es de aquello a lo que llamamos demagogia. Tengo un horror visceral a la demagogia, me horroriza todo lo que tenga que ver con eso

Tempo, Lisboa, 7 de enero de 19

Nunca me ha preocupado mucho ser algo distinto de lo que soy.

Tempo, Lisboa, 7 de enero de 19

Para mí, el mundo es una suerte de enigma que se renueva constantemente. Cada vez que lo miro siempre veo las cosas por primera vez. El mundo tiene mucho más que decirme de lo que soy capaz o entender. De ahí que tenga que abrirme a un entendimiento sin límites, de forma que todo quepa en él

O Jornal, Lisboa, 28 de enero de 19

Soy una persona con dos defectos graves: soy melancólico y sarcástico. Son dos defectos muy vulgares para ir unidos.

NT, Lisboa, 23 de mayo de 19

La última cosa que haría en este mundo es psicoanalizarme.

NT, Lisboa, 23 de mayo de 19

Soy un campesino que disimula lo bastante bien como para poder vivir en la ciudad sin que me miren demasiado.

Tempo, Lisboa, 7 de diciembre de 19

La felicidad es sólo una invención para hacer la vida más soportable.

La Vanguardia, Barcelona, 25 de febrero de 19

Soy un ateo con una actitud religiosa y vivo muy en paz.

Expresso, Lisboa, 8 de noviembre de 19

Suele decirse que la soledad es enriquecedora, pero eso depende directamente de la posibilidad de dejar de estar solo.

Jornal de Letras, Artes e Ideias, Lisboa, n.º 22

Parafraseando a Pessoa, yo diría que el nombre no significa nada y a la vez lo es todo.

Jornal de Letras, Artes e Ideias, Lisboa, n.º 22
10-16 de noviembre de 19

Nuestra vida está hecha de lo que hacemos por ella, y de lo que tenemos que aceptar de los demás.

Jornal de Letras, Artes e Ideias, Lisboa, n.º 22
10-16 de noviembre de 19

Le damos vueltas y vueltas, pero, en realidad, sólo hay dos cosas: o escoges la vida o te apartas de ella.

El Independiente, Madrid, 29 de agosto de 19

Yo la defino, a la ironía, como una máscara de dolor. Es una defensa que arrastramos quienes somos gente frágil.

El Independiente, Madrid, 29 de agosto de 19

Tengo un defecto pésimo, y es una gran dificultad para decir que no, porque creo que decir que no es demostrar cierta ingratitud.

Jornal de Letras, Artes e Ideias, Lisboa, n.º 354, 18 de abril de 19

Siempre he dudado que la humanidad fuera a realizar sus sueños durante el tiempo que yo viviera. No cultivo el optimismo histórico, soy un escéptico. Me gustaría no serlo, pero a cada momento el mundo me da razones para serlo y para serlo de manera más acentuada con los años.

Expresso, Lisboa, 22 de abril de 19

Mi postura es la de interrogarme constantemente.

Expresso, Lisboa, 22 de abril de 19

Quizá yo tenga una idea un poco enfermiza del sentido de la responsabilidad, como si fuera mía una responsabilidad que es colectiva. Es decir, tú tienes una responsabilidad contigo mismo, pero tienes otra que no puedes identificar. Es más una sensación de responsabilidad yo diría que ontológica, como si fueras una ola de la mar que está en la mar, que se acerca a la playa y que es como tu vida. Y detrás de ti hay una masa de agua que te empuja y tú no eres nada sin esa masa. Si te separaran de ella, la ola que tú eres no significaría nada, porque te faltaría la [tensión] de la mar, el movimiento de la mar que te empuja. Entonces, ese sentimiento de la marea que te empuja tiene que ver un poco con el sentido colectivo de la cultura y de la Historia.

El País Semanal, Madrid, 23 de abril de 19

~~Yo pienso que para ser un ateo coherente hace falta un alto grado de religiosidad. El ateísmo no es incompatible con una postura religiosa. Ni es sustituir a Dios por la humanidad. Es más un sentimiento de una grandeza inmensa que tiene que ver con el universo. Y esto es suficiente, porque aunque en ese universo yo no ponga a Dios, mi postura es lo que llamamos trascendente, una palabra que suele usarse pensando en Dios y que yo utilizo en otra dirección. Lo que me trasciende es la materia, la tierra, toda ella, con sus mares y sus multitudes. Y mi religiosidad empieza, si quieres, en mi relación con mi país.~~

El País Semanal, Madrid, 23 de abril de 1990

Mi dedicación a la política [la candidatura a diputado del Parlamento Europeo en 1989] es más aparente que real, dado que mi posición en la lista excluye toda posibilidad de que me elijan. Por otro lado, fue algo deliberado aunque no hubiera otros motivos, ya que, de hecho, no soy ni quiero ser político, porque mi actividad es otra. No nací para ser político, aunque siempre he tenido una actividad ligada a esas cuestiones.

Pero en este caso, la invitación que se me hizo tiene más que ver con el hecho de que mi nombre es relativamente conocido y de que tenía que haber una lista de candidatos al Parlamento Europeo, que en parte, es una campaña al margen de las preocupaciones inmediatas de nuestro pueblo.

Vida Mundial, Lisboa, 7-14 de junio de 1990

Creo saber que el amor nada tiene que ver con la edad, como sucede con cualquier otro sentimiento. Cuando se habla de una época en la que se descubre el amor, pienso que es una manera simplista de entender las relaciones entre las personas. Lo que ocurre es que hay toda una historia, no siempre feliz, en torno al amor que hace que se entienda que el amor a cierta edad es natural, y que a una edad avanzada puede ser ridículo. Esta idea ofende la capacidad que tiene cualquier persona de entregarse a otra, que es en lo que consiste el amor.

Y no lo digo por la edad que tengo y la relación de amor que tengo. He aprendido que la intensidad del amor no depende de la edad. El amor es la posibilidad de una vida entera y, si surge, hay que recibirlo. Normalmente, quienes no piensan de esta manera y tienden a menospreciar el amor como un factor de realización personal absoluta son aquellos que no han tenido el privilegio de vivirlo, aquellos a los que no ha sucedido ese misterio.

Máxima, Lisboa, octubre de 1990

En mi opinión, la biografía de una persona no es algo interesante. ¿Qué tiene de interesante que me haya casado una vez y que me haya divorciado? Al hablar de nuestra vida personal, hablamos inevitablemente de la vida de otras personas. Yo creo que en esto debe haber cierto recato. Si yo digo que estuve casado y que me divorcié, no hablo sólo de mí, hablo de alguien a quien no se ha dado la posibilidad de considerar esas cuestiones.

Máxima, Lisboa, octubre de 1990

Por ahí corre el rumor de que soy vanidoso. Pero creo que la vanidad es la cosa mejor distribuida en este mundo. Vanidosos somos todos. La cuestión es saber si hay alguna razón para serlo o si se

vanidoso sin ninguna razón.

O Jornal, Lisboa, 8 de enero de 19

Tal vez yo sea un poco orgulloso, seco, frío en el trato con los demás, pero también es verdad que soy extremadamente sensible con mis allegados: la familia y los amigos.

O Jornal, Lisboa, 8 de enero de 19

Soy un espíritu profundamente religioso. Y le diré, con un poco de mi ironía habitual, que hace falta tener un altísimo grado de religiosidad para ser un ateo como yo. En el sentido etimológico de religión, entendida como aquello que liga, que une, siento esa gran unión con todo, con aquello que está aquí, a mano, que somos nosotros, aquello que nos rodea, esta tierra pequeña que es nuestra tierra y la otra más grande, el continente, el globo.

Público, Lisboa, 2 de noviembre de 19

Hay dos palabras que no se pueden usar: una es siempre, la otra es nunca.

Público, Lisboa, 2 de noviembre de 19

Y si es verdad que tengo una conciencia muy clara de que soy —para emplear la misma expresión que acabamos de usar— muy amado en esta tierra [Portugal] —y me consta que así es—, también es verdad que soy muy odiado. Y ese odio, o aversión, o antipatía, envenena la atmósfera con sus manifestaciones o con sus causas, que son la envidia, los celos, varias cosas... En momentos críticos eso es lo que siento, y entonces me siento mal. Me siento mal porque no comprendo, sobre todo porque no comprendo.

Setembro, Lisboa, n.º 1, enero-marzo de 19

Decir, como ha aparecido en determinada prensa que pone poco celo en plasmar la verdad, que soy que me considero un «exiliado político» es sencillamente una estupidez de la que no soy responsable. Compararme con Salman Rushdie, como se ha hecho también, es otra estupidez aún mayor. Las palabras deben respetarse tanto como la verdad de las situaciones.

Jornal de Letras, Artes e Ideias, Lisboa, n.º 613, 13 de abril de 19

El único valor que considero revolucionario es la bondad, que es lo único que cuenta.

Baleares, Palma de Mallorca, 20 de abril de 19

En mi opinión, la gran sabiduría reside en ser capaz de relativizarlo todo. No dramatizar nada.

Revista Diário, Madeira, 19 de junio de 19

No creo en Dios y nunca tuve crisis religiosa. Pero no puedo ignorar que, aunque no soy creyente, mi mentalidad es cristiana.

Nunca esperé nada de la vida, por eso lo tengo todo.

Faro de Vigo, Vigo, 20 de noviembre de 19

Me gusta mucho subir a las montañas. No así la playa, sino lo alto, el esfuerzo.

El Mercurio, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 19

No, yo no soy solitario. A mí me gusta decir a veces que lo soy. Pero me doy cuenta de que no aguanto muy bien la soledad.

El Mercurio, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 19

Yo creo que el lugar de la trascendencia de todas las cosas es el cerebro humano. Ahí está todo aunque no sepamos bien cómo funciona.

El Mercurio, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 19

Sí, es la primera vez que España trata como algo suyo a un escritor portugués y que nunca renunciará a su nacionalidad. Voy por la Península Ibérica como si fuera mi casa. Eso da mucha alegría. Hace pocos meses, en Vigo, estaba en una librería y apareció un portugués que se dirigió a mí con cara de pocos amigos diciendo: «Ellos ya le llevaron, pero no se olvide que continúa siendo nuestro».

Cambio 16, Madrid, n.º 1229, 12 de junio de 19

No hago ningún esfuerzo para ser cristiano, aunque, al contrario que otras personas, tampoco digo que la impronta del cristianismo haya desaparecido de mi mente. No obvio mi formación, como demuestra *El Evangelio según Jesucristo*. Allí el cristianismo está presente en su vertiente católica. Puedo estar fuera de la Iglesia, pero no del mundo que la Iglesia creó.

O Estado de S. Paulo, São Paulo, 18 de octubre de 19

Primero soy portugués, segundo soy ibérico, y sólo en tercer lugar, y cuando me da la gana, soy europeo.

La Nación, Buenos Aires, 21 de enero de 19

Es cierto que siempre hago prevalecer la razón. Pero soy una persona muy sensible a los sentimientos y a las emociones, aunque pueda no parecerlo. Sé que, cuando me miran, ven una cara algo severa. Pero puedo asegurar que existen muchas cosas encubiertas tras ella.

O Estado de S. Paulo, São Paulo, 21 de septiembre de 19

La tristeza que usted ve en mí se debe al irracionalismo, a los fanatismos que se diseminan por

- [download online The Ultimate Millionaire pdf, azw \(kindle\)](#)
- [read online Granta, Issue 130: India pdf](#)
- [download online Going Responsive](#)
- [read online Why Does \$E=mc^2\$?: \(And Why Should We Care?\)](#)

- <http://interactmg.com/ebooks/Murder-in-Pug-s-Parlour--Auguste-Didier--Book-1-.pdf>
- <http://test1.batsinbelfries.com/ebooks/Riding-with-Ghosts.pdf>
- <http://nautickim.es/books/Going-Responsive.pdf>
- <http://metromekanik.com/ebooks/Hangman--Peter-Decker---Rina-Lazarus--Book-19-.pdf>